

JORGE MATURANA

**ENTREVISTA A
RENÉ DESCARTES**

**ACERCA DE SU VIDA, OBRA, ESTRATEGIA
Y SU FILOSOFÍA DE LA FILOSOFÍA**

ENTREVISTA A RENÉ DESCARTES

**ACERCA DE SU VIDA, OBRA, ESTRATEGIA
Y SU FILOSOFÍA DE LA FILOSOFÍA**

SANTIAGO DE CHILE, DICIEMBRE DE 2011

ENTREVISTA A RENÉ DESCARTES

A mis padres.

ÍNDICE

Prefacio.....	5
§ 1. Primeros estudios.....	7
§ 2. Apertura al mundo.....	9
§ 3. Retorno hacia sí mismo.....	13
§ 4. Consolidación y estrategia de su proyecto filosófico.....	15
§ 5. EL último Descartes.....	17
§ 6. Su filosofía de la filosofía.....	19
§ 7. Esencia de su doctrina.....	20
§ 8. La constitución del mundo y del conocimiento.....	26
§ 9. Comentarios finales a modo de epílogo.....	30
Bibliografía.....	34

PREFACIO

En las lecciones de filosofía que durante algún tiempo recibí insertas en un programa de estudios formales, correspondió en algún momento tratar de la doctrina del gran filósofo y matemático francés René Descartes. En dichos estudios pude constatar la gran cantidad de textos que respecto a su pensamiento se han escrito y siguen escribiéndose; y la no menos numerosa diversidad de opiniones vertidas en torno a su obra. En realidad esto no es novedad, puesto que, en mayor o menor grado, situaciones similares suelen hallarse en la mayoría de los grandes pensadores.

A medida que avanzaban las clases, me pareció encontrar muchos puntos en los cuales concordaba, al menos en lo general, con su pensamiento; razón por la que consideré muy importante formarme una propia opinión de su filosofía, extraída directamente de sus escritos y soslayando en parte las distintas interpretaciones y exposiciones que de su obra suelen darse.

Hallándome dispuesto a tal investigación y por razones circunstanciales, debí trasladarme a un singular entorno, cuyo aislamiento del mundo exterior me sugirió realizar una seductora experiencia mental:

ENTREVISTA A RENÉ DESCARTES

puesto que el propio Descartes había manifestado que la lectura de buenos libros es como sostener una conversación con las personas más distinguidas de los tiempos pasados, me permití considerar esta declaración como una invitación abierta del propio Descartes a entablar un diálogo con su persona a través de sus textos, y como este ambiente además le era muy familiar, también estimé que no pondría mayores objeciones y facilitaría su disposición.

Los resultados de esta experiencia, es lo que expongo a continuación.

Jorge Maturana

Diciembre de 2011

§ 1

PRIMEROS ESTUDIOS

Señor Descartes, ¿Podría relatarnos sus impresiones acerca de las primeras incursiones intelectuales de su vida, en el estudio de las artes, las letras y las ciencias?

Para comenzar, nací el 31 de marzo de 1596, en el pueblo de La Haye, en Turena, Francia. En 1606, fui inscrito por mi tutor como alumno en el colegio La Flèche, regentado entonces por los jesuitas. En esta escuela cursé mis primeros estudios, recibiendo enseñanza en latín, griego, matemáticas, historia, moral y filosofía.

Esta primera etapa de mi educación se extendió hasta el año 1612, fecha en la cual salí del colegio, y debo confesar, muy decepcionado por los conocimientos adquiridos. Ninguna doctrina pude hallar que razonablemente satisficiera mis anhelados deseos de adquirir un conocimiento claro y seguro de todo aquello que es útil para la vida, como desde muy temprano se me había hecho esperar.

¿Pero, no obstante lo desazonarte que debió haber sido para usted la experiencia de estos primeros años de estudios,

podría mencionar algún aspecto o conclusión positiva que pudiera rescatar?

Debe usted considerar que toda experiencia siempre deja alguna enseñanza, ya sea en un sentido positivo o negativo; está en nuestras manos el poder valorarlas en su justa dimensión, y aquí juega un papel muy importante nuestra capacidad de reflexión.

Efectivamente, de esta época quedaron gratamente grabados en mi recuerdo, aquellas largas cadenas de razonamientos, todos sencillos y fáciles, de que acostumbran a servirse los geómetras para llegar a sus demostraciones más difíciles. Este hecho prendó fuertemente en mi espíritu y con el tiempo hubo de ser un factor decisivo en la conformación de mi pensamiento.

También debo agregar, entre otras cosas, que aprendí lo necesario que son las lenguas para entender los libros antiguos; que la gentileza de las fábulas despierta el espíritu; que las acciones memorables de la historia lo elevan, y leídas con precaución, ayudan a formar el juicio; que la lectura de los buenos libros es como una conversación con las gentes más distinguidas de los pasados siglos; que la elocuencia tiene fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía posee delicadezas y dulzuras muy

encantadoras; y en fin, tantas cosas más que por temor a extenderme demasiado, dejaré para otra oportunidad.

Y respecto a la filosofía que le fue enseñada en esos tiempos, ¿Qué impresión produjo en usted?

No es muy alentador lo que puedo decir al respecto. Viendo que había sido cultivada desde muchos siglos antes por los espíritus más excelentes que han existido, y que no obstante, no había cosa en ella que no sea discutida y por tanto dudosa, no esperé hallar en ella nada mejor que lo hallado por los demás; y considerando cuantas opiniones diversas puede haber respecto a un mismo asunto, todas sostenidas por doctos cuán ostentosos de la verdad como cercanos a la falsedad, desde ese momento creía falso, o poco menos, todo lo que se presentará a mi inteligencia aun con el carácter de verosímil.

Continúe, por favor, relatándonos su vida de estudiante, ¿Cómo prosiguió su curso?

Posteriormente, entre los años 1613 y 1616, instalado en París, cursé estudios en diversas materias como música, danza, esgrima y equitación; adquiriendo el gusto por las artes expresivas, aprendí a disfrutar de ellas. También en este mismo período, estude las ciencias del

derecho, recibiendo la licenciatura en la Facultad de Poitiers, en el año 1616. Esto es en síntesis y muy brevemente, de cuanto puedo decir acerca de mis primeros estudios regulares.

§ 2

APERTURA AL MUNDO

Señor Descartes, tengo entendido que en algún momento estimó haber dedicado mucho tiempo a los estudios de lenguas, textos antiguos, historias, fábulas, etcétera, sin un grado razonable de satisfacción que lo justificara; y que incluso consideró que una exagerada dedicación conllevaría el peligro de extraviarse y enajenarse de las cosas que acontecen en el propio siglo. ¿Cuál fue su actitud al respecto y que acción inmediata emprendió?

Después de haber estudiado todas las ciencias que por entonces se enseñaban en las escuelas; de haber realizado con aplicación los ejercicios en que nos ocupaban, que por lo demás nunca dejé de estimar; y de haber leído cuanto libro pudiera hallar a mi alcance, incluso aquellos que

versaban sobre las ciencias más extrañas que se pudiera imaginar, mi insatisfacción por las ciencias lejos de atenuarse se hizo más profunda.

Por esta razón, a partir de 1618, y en cuanto mi edad permitió liberarme del dominio de mis preceptores, decidí emprender una vida de viajes con la firme resolución de buscar la anhelada y escurridiza ciencia, más esta vez, ya tenía una clara convicción que, de haberla, no debía ser otra que la que pudiere hallar en mí mismo o en el gran libro del mundo. Estos viajes habrían de darme la oportunidad de adquirir diferentes experiencias, tratar con gentes de distintas personalidades y condiciones, y ponerme a prueba frente a las contingencias y vicisitudes de la vida.

Sabemos que entre los muchos estudios y actividades que realizó cuenta el haberse enrolado en el ejército. Háblenos sobre los hechos de este período que a su entender, fueron los más importantes para su vida intelectual.

Mis inquietudes eran fuertes y variadas; tanto así, que también en esta etapa de viajes me alisté en el ejército holandés del príncipe Mauricio de Nassau. Mi interés versaba entonces por las ciencias aplicadas y las cosas prácticas de la vida; pero en estas circunstancias, y precisamente en ese país, tuve la oportunidad de conocer a un joven sabio holandés, el señor Isaac Beeckman, con quién proyectamos un tratado de matemáticas

enmarcado en el proyecto de una ciencia general. Este nuevo hecho hizo volver mi atención a las ciencias matemáticas.

Posteriormente, en 1619, abandoné el ejército de Nassau e ingresé al ejército de Maximiliano de Baviera. En noviembre de este año, estando de regreso a los cuarteles después de asistir a la coronación del emperador Fernando II en Fráncfort, fui sorprendido por el inicio del invierno obligándome a detenerme en un alojamiento, donde a falta de alguna conversación amena e ingeniosa, decidí encerrarme en una habitación y entregarme por completo a mis pensamientos.

Ya por entonces, la solución de algunos problemas de geometría que había descubierto en relación al tratado de matemáticas, me habían insinuado la existencia de un método general para resolver todos los problemas de la geometría, cualesquiera que estos fueren.

Estando pues, abocado a estas investigaciones, es cuando me sucedió un hecho que debo calificar como trascendental en mi vida intelectual. En sucesivas visiones manifestadas en sueños, obtuve una mística intuición de lo que serían los fundamentos de una nueva y admirable ciencia, un gran cuerpo unificador de todos los conocimientos y con la capacidad metódica de resolver -no sólo la totalidad de los problemas geométricos- sino todos los problemas que el espíritu humano pudiera plantearse y en cualquier orden de cosas.

Tan importante me pareció este hallazgo, puesto en mis manos como una misión que personalmente se me hubiere encomendado, que me pareció pertinente posponer su cumplimiento para una edad en que adquiriera la suficiente madurez para llevarla a cabo con todo el intachable rigor, precisión y aplicación que ameritaba. Luego, por el momento debí conformarme con terminar la redacción de mi geometría.

Y después de abandonar la vida militar...

Entre los años 1621 y 1625, abandoné la vida militar y proseguí con mi plan de viajes, visitando numerosos países, entre los que cuentan Francia, Alemania, Suiza e Italia. Aquí no puedo dejar de mencionar, que a fines de este período tuve la suerte de reencontrarme con el padre Mersenne -antiguo condiscípulo de mis años en la escuela-, a quién debo agradecer por su inapreciable capacidad motivadora y los numerosos contactos que a través de él pude establecer con grandes sabios de mi tiempo, como por ejemplo, los señores Hobbes y Galileo.

§ 3

RETORNO HACIA SI MISMO

Señor Descartes, entendemos que el proyecto fundamental de su vida, ya revelado tiempo atrás, decidió postergarlo por considerar que aún no poseía la suficiente madurez en relación a la gran importancia que le atribuyó. No debió ser fácil para usted contener sus fuertes ímpetus, pero esta decisión también lo manifiesta como una persona muy responsable de sus actos. ¿Cuándo estimó usted que estaba en condiciones de retomarlo y comenzar su desarrollo, cual fue la partida de tal proyecto y cómo continuó su evolución?

Posteriormente, entre los años 1625 y 1628, me establecí en París y dediqué gran parte de mi tiempo a la meditación y reflexión. Por entonces ya pude notar que mi importante proyecto, hasta ahora postergado, comenzaba a tomar claridad y precisión en un pensamiento que ya había adquirido una madurez que me hacía considerar seriamente que había llegado el momento de retomarlo.

Consecuentemente, hacia el año 1628 comencé la redacción de mi primera obra metafísica, las ***Reglas para la dirección del espíritu***, cuyo

tema central era dar a entender la idea -ya intuida tiempo atrás- que la unidad del espíritu humano, no obstante, cual fuere la diversidad de los objetos de investigación, debe de alguna forma posibilitar el establecimiento de un método universal. Dicha obra, lamentablemente no tuve el placer de verla publicada durante mi vida.

En 1629, emprendí un viaje a Holanda donde pude hallar un aislamiento tan absoluto como el mismo desierto, que sin carecer de las comodidades que se encuentran en las ciudades, sin embargo me procuró las condiciones de concentración para concretar mi importante proyecto. Aquí permanecí cerca de veinte años, descontando algunos viajes cortos que realicé. Los primeros meses de mi llegada, fueron inmensamente fructíferos y los recuerdo con mucho agrado, puesto que en ellos fue donde por fin pude perfeccionar las ideas metafísicas que posteriormente volcaría en mis ***Meditaciones Metafísicas***, obra publicada tiempo más tarde, en 1641.

Ya con esta imprescindible base metafísica en mis manos, emprendí la tarea de constituir mi física con la esperanza de poder derivar de esta, una mecánica, una medicina y una moral, esta última considerada por mí, como la más alta y perfecta de todas las ciencias, el último grado de la sabiduría. Dichas ciencias no podían en modo alguno tenerlas ocultas, puesto que había podido ver que su conocimiento es utilísimo para la vida,

una filosofía práctica que nos proporcionaría un dominio sobre la naturaleza para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, en bien de todas personas y la conservación de la salud.

Ahora usted comprenderá como suelo ilustrar esa estructura de conocimiento, cuando digo que la filosofía es como un gran árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco la física y las ramas que de este tronco salen, todas las demás ciencias. Este era en definitiva mi gran proyecto.

§ 4

CONSOLIDACIÓN Y ESTRATEGIA DE SU PROYECTO FILOSÓFICO

Ya teniendo la base metafísica, la redacción de la física era pues la siguiente tarea para la continuación de mi proyecto; para lo cual, lenta pero minuciosamente dediqué todos mis esfuerzos en su redacción en una obra que debía llevar por nombre ***El tratado del mundo***. Hacia el año 1633 pude ver con gran regocijo, como mi trabajo estaba ya a punto de finalizar; hallándome ya en las últimas revisiones del Tratado, cuando me enteré de un grave y lamentable acontecimiento: la inquisición acababa de condenar a Galileo por haber enseñado el movimiento de la tierra,

concepción que compartía con él y que era inseparable de mi física. Era obvio que de publicar el Tratado debía correr igual suerte, por lo tanto me abstuve de terminarlo y decidí renunciar a su publicación, no obstante, abrigando la esperanza de poder hacerlo algún día.

Para esto, comencé a discurrir algún cambio de estrategia -no en vano pasaron mis años por el ejército, donde algo aprendí de materias estratégicas- ideando el siguiente plan de acción. Si conseguía el consentimiento a mi metafísica, donde aportaba convincentes pruebas de la existencia de Dios y el convencimiento de las ventajas de una ciencia capaz de cambiar la condición humana, era bastante probable que atrajera el interés de sabios y teólogos, que a la luz de las bondades exhibidas solicitarían la publicación del Tratado.

De esta forma, en el año 1637, publiqué unos extractos completos de la física del Tratado, en un libro que contenía la ***Dióptrica, los Meteoros y la Geometría***, con una introducción llamada el ***Discurso del método***, donde exponía las ventajas de un método universal y algunos anticipos de mi metafísica. Esta introducción entregaba una visión general del espíritu de mi proyecto, el sentido de su universal fecundidad en aras del bien de la humanidad, y para que no pasara por simple especulación, le seguía la presentación de resultados concretos contenidos en los extractos de la física.

Sin embargo la suerte no estaba de mi parte. No obstante mis esfuerzos por lograr el convencimiento y aceptación, esta obra no logró el éxito esperado. Debí cambiar la estrategia. Puesto que la base de mi sistema era la metafísica -ya constituida en mi pensamiento-, y de ella derivaban los principios de la física, resultaba prioritario lograr primeramente una plena comprensión y aceptación de la metafísica, lo que si resultaba en una aprobación por los teólogos y sabios, entonces el público no podría dejar de acoger después una física que estuviera cimentada en dichas bases metafísicas.

Por lo tanto decidí publicar mis principios metafísicos en una obra llamada ***Meditaciones metafísicas***, dirigida a la Facultad de teología de París. Esto ocurrió en el año 1641. Pero lejos de obtener el efecto deseado, esta obra causó la oposición de católicos y protestantes, siendo atacada duramente. En vista de las circunstancias, muchas ideas pasaron por mi cabeza -entre ellas intentar una refutación a la filosofía escolástica, lo cual era obviamente peligroso- decidiéndome finalmente por publicar todo el conjunto de mi filosofía de una vez, pero en una obra de estilo escolar, simple y didáctica, que llamé los ***Principios de la filosofía***. Esta obra fue publicada en latín, en Ámsterdam, el año 1644.

§ 5

EL ÚLTIMO DESCARTES

Por lo visto nunca tuvo la acogida esperada entre los doctos de su época, dada estas circunstancias ¿Qué acciones tomó al respecto?

Ya agotado de buscar aprobación entre filósofos y teólogos, me incliné por dirigirme más bien, a las gentes honestas, aquellos espíritus cultos, sin prejuicios y ataduras a las ideas antiguas, dispuestos a recibir una sabiduría práctica como un medio de educar sus espíritus y de orientar sus acciones. Para llegar a estas personas encomendé la traducción de los Principios al idioma francés, la que después de revisarla y completarla, publiqué en 1647 incluyendo una carta al traductor redactada por mi persona, a modo de prefacio, donde exponía mis nuevos objetivos.

Señor Descartes, desafortunadamente el tiempo que disponemos no es mucho, y debe saber además que entre las gentes de hoy los espacios para lecturas son cada vez más reducidos, luego, para terminar este breve pero muy interesante relato de su trayectoria filosófica, ¿Qué fue lo último que escribió

en su fructífera vida intelectual, y si es posible, le agradeceré que nos relate sus últimos recuerdos?

Posteriormente, a raíz de una productiva correspondencia que mantuve con la princesa Elisabeth de Bohemia, tuve la ocasión de redactar una obra llamada ***Las pasiones del alma***, por lo menos muy importante para mí ya que aquí pude desarrollar definitivamente los principios de la moral. Esta obra se publicó en París, en el año 1649. Ese mismo año recibí una invitación de la reina Cristina de Suecia, a la que por diversas razones no pude negarme, donde escribí un ballet en verso llamado *El nacimiento de la paz*.

El rigor del clima y la rigurosa disciplina bajo la cual debía impartir diarias lecciones a la reina Cristina, resintieron fuertemente mi salud. Más de estas últimas imágenes de mi vida, a principios del año 1650, no es mucho lo que puedo contar, sólo difusamente recuerdo hallarme postrado a raíz de una grave enfermedad que anegó mi cuerpo y nubló mi espíritu.

§ 6

SU FILOSOFÍA DE LA FILOSOFÍA

Señor Descartes, ¿Qué es para usted la filosofía, cuál es su sentido, en qué consiste?

A mi entender, filosofía es el conocimiento perfecto de todas las cosas que puede saber el hombre, tanto para la dirección de su vida como para la conservación de su salud y la invención de todas las artes. Y filosofar es precisamente tratar de adquirir este conocimiento mediante algún medio. Pero, para que este conocimiento sea tal, es necesario deducirlo de causas primeras. Luego, el primer paso debe comenzar con la investigación de las causas primeras o principios.

Entonces, ¿podríamos decir que los elementos fundamentales que caracterizan la filosofía son las causas primeras o principios, el medio o método para obtener dichos principios y todo el conocimiento derivado de ellos, y en último término su finalidad eminentemente práctica?

Efectivamente, pero debo recalcar que siempre debe comenzarse con la investigación de los principios rectores, el sustento de toda

construcción ulterior y en cualquier orden de cosas. Por otro lado, debo destacar que la filosofía pierde todo sentido si no puede ofrecer resultados que de alguna manera mejoren las condiciones de la existencia humana y procuren la recta orientación a las personas en su transitar por la vida. De otra forma, sería pura especulación y especulación pura al servicio de la mera vanidad. Y precisamente porque llega tan profundamente a la vida, toca por igual a filósofos, sabios, científicos, cultos y personas corrientes. La filosofía debe dirigirse y entregar instrucción a todas las personas, cualquiera sea su nivel de conocimientos, inclusive a aquellas que aún no poseen otro conocimiento que el vulgar e imperfecto.

§ 7

ESENCIA DE SU DOCTRINA

Ya que los principios es el punto de partida de la filosofía, ¿Cómo podríamos distinguir un principio de otra cosa que no lo sea? Háblenos entonces de los principios.

En resumidas cuentas, los principios, para que sean considerados como tales, deben cumplir las siguientes condiciones:

Primero, deben ser evidentes, es decir, tan claros y distintos que el espíritu humano no pueda dudar de su verdad. Segundo, puesto que de ellos depende el conocimiento de todas las demás cosas, deben ser tales que puedan ser conocidos sin estas cosas, pero no estas cosas sin ellos. Y tercero, después de esto, hay que tratar de deducir de estos principios el conocimiento de todas las cosas que de ellos dependen, de tal manera, que en toda la serie de deducciones que se hagan, no haya nada que no sea evidente. Y en esta cadena de deducciones es donde juega un papel importantísimo el método, que su vez debe proporcionar en forma prioritaria, el criterio de la verdad.

Señor Descartes, por lo visto, el método es crucial para poder inferir sin yerros el resto de las cosas a partir de los principios -suponiendo que ya contamos con estos; en otras palabras, es el garante de la evidencia de las cosas de ellos deducidas. Pero esto no significa que también la investigación de los principios debería realizarse con apoyo de este método, luego, dicho método ¿Cumpliría una doble misión?, es decir, por una parte permitiría hallar las causas primeras, y por la otra, deducir de estas causas el conocimiento del resto de las cosas.

Efectivamente es así.

En esto estamos de acuerdo con usted. No obstante, nos surge otra inquietud que deseáramos que usted nos aclarara. Si el método es garantía de la verdad de los principios y del conocimiento de las cosas de ellos deducidas, entonces, ¿Qué o quién es el garante del método?

Es una interesante pregunta que paso de inmediato a responder. El garante del método -como usted lo plantea- es nada menos que la evidencia originaria, el primer principio de la filosofía que hallé. Esto podrá parecerle a primera vista como una aporía, pero lo que quiero decir es que el método se confirma en la evidencia originaria, ya que esta, es por sí y en sí una verdad indubitable obtenida por aquel. Luego, si después formulamos el método a la luz de esta evidencia, obtenemos un método que nos garantiza la verdad de todo principio de él obtenido.

El principio universal es una evidencia indubitable y prueba viviente de la solidez del método con que ella fue obtenida. Más aún, debo manifestarle, que como bien podrá usted haber colegido, por el carácter radical y prioritario de los principios, la investigación de estos no es algo trivial que pueda realizarse sin contar con algún mecanismo de partida. Por lo cual, la manera en que debe abordarse la investigación de los principios, fue la primera tarea a la que me vi enfrentado: la elucidación del método. No obstante, cuando me aboqué a dicha investigación ya contaba con una

formulación metodológica, intuida en el método de las matemáticas que anteriormente había tenido la oportunidad de ejercitar en la geometría con exitosos resultados.

Posteriormente, cuando extendí dicho método a todo orden de cosas -no sólo los objetos matemáticos-, mi primer desafío fue hallar las causas primeras, tarea que debo confesar con gran satisfacción, también fue coronada por el éxito. Después de esto, reflexioné acerca de las condiciones que debía cumplir una proposición de tal radicalidad para afirmarla sin lugar a dudas como verdadera y cierta, y elucidar en qué consistía su certeza; ya que había encontrado una así pude examinar tales cuestiones, y confirmar que efectivamente podía adoptar como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas. De esta forma la validez y universalidad del método quedó convalidada en su propia ejercitación y a la luz de los resultados obtenidos.

Resumiendo, podemos decir que el encadenamiento lógico de su doctrina filosófica operó de acuerdo a los siguientes pasos:

a) Lo prioritario era hallar los principios o causas primeras. Pero tal investigación requería contar previamente con algún método fiable, debiendo primeramente abocarse a este estudio.

- b) Como resultado, descubre su método inspirado en el procedimiento matemático, tal como lo expresa en su *Discurso*: “aquellos largos encadenamientos de raciocinios, simples y fáciles, de los cuales se sirven usualmente los geómetras para alcanzar sus más difíciles demostraciones...”; de lo que colige además que el método debe ser simple y fácil, puesto que es su convicción que toda persona puede llegar a adquirir el saber más elevado, según lo dice en su *Carta al traductor*: “He advertido al examinar la naturaleza de muchas sin-inteligencias, que casi no hay ninguna tan grosera y tarda que no sea capaz de adquirir buenos sentimientos y aun todas las más elevadas ciencias al ser conducida como es debido”.
- c) Una vez que usted toma clara conciencia de la potencialidad de este método, incorporado en las matemáticas, lo abstrae y procede a otorgarle una formulación universal, aplicable a todo saber, no sólo al saber matemático.
- d) La formulación del método, lo expresa reduciéndolo a cuatro reglas básicas, que expone en la segunda parte de su *Discurso*: la primera regla de la evidencia (criterio de verdad); la segunda regla del análisis; la tercera regla de la síntesis; y la cuarta regla, de la enumeración y revisión. Una vez obtenida la

formulación rigurosa de su método, en términos de estas cuatro reglas, le queda por fundamentar y justificar su validez absoluta y carácter universal.

e) En consecuencia, como último paso procede a la justificación del método, justificación que estaría dada por:

-su misma ejercitación:

“...y esto fue precisamente lo que me propuse evitar en mis investigaciones de la verdad. Quería rechazar lo que me ofreciera la más pequeña duda para ver después si había encontrado algo indubitable”

-los resultados obtenidos:

“Pero enseguida noté que si yo pensaba que todo era falso, yo, que pensaba, debía ser alguna cosa, debía tener alguna realidad; y viendo que esta verdad: *pienso, luego existo* era tan firme y tan segura que nadie podría quebrantar su evidencia, la recibí sin escrúpulo alguno como el primer principio de la filosofía que buscaba”.

Finalmente, de esta forma quedó configurado y confirmado el método en su validez general:

“Después de esto reflexioné en las condiciones que deben requerirse en una proposición para afirmarla como verdadera y

cierta; acababa de encontrar una así y quería saber en qué consistía su certeza...juzgué que podía adoptar como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas”

Efectivamente, usted lo ha dicho con mis propias palabras; aunque debo agregar, que siendo esta vía de acceso la más importante pues lleva al máximo grado de sabiduría, no es la única, ya que como recordará usted, reconozco dos grandes categorías del saber.

Por una parte, el conocimiento vulgar e imperfecto -o si se prefiere, la *dóxa* en palabras de Platón-, que se adquiere por cuatro vías distintas: nociones que se tienen sin previa meditación, la experiencia sensible, las conversaciones con otros hombres, y la lectura de libros instructivos.

Pero además de estas cuatro vías del saber vulgar, existe un quinto camino conducente a una sabiduría incomparablemente más elevada: tal es buscar las causas primeras y los verdaderos principios de los cuales puedan deducirse las razones de todo lo que es posible saber. Esta quinta vía de búsqueda- tal como lo he manifestado en mi *Carta al traductor de los Principios*- es precisamente el método que acabamos de describir.

§ 8

LA CONSTITUCIÓN DEL MUNDO Y DEL CONOCIMIENTO

Señor Descartes, usted halló un primer principio, la evidencia originaria, lo cual es obviamente importantísimo, pero además nos habló de un gran árbol de conocimiento y de la vida. Para finalizar, le agradeceré que nos explique cómo a partir de tal evidencia pudo lograr la construcción de ese gran árbol de conocimiento que es la filosofía y como constituyó las cosas del mundo si las hubiere.

Su pregunta la responderé a modo de esquemas de razonamientos, procurando, sin menoscabo de rigurosidad, lograr la suficiente consistencia y claridad para elucidar tal cuestión:

1.- Existen los pensamientos, que es lo más inmediatamente próximo a mí; tanto que soy yo mismo pensando; he aquí el primer principio: *pienso, luego existo.*

2.- En todo pensamiento, hay el pensamiento que piensa, es decir, el acto de pensar, y lo pensado en el pensamiento, vale decir, su contenido. Lo

pensado en el pensamiento entra en contacto conmigo *mediante* el pensamiento. Puedo dudar de la existencia del contenido de mi pensamiento, de lo pensado en el pensamiento, la mediatez, pero no puedo dudar de mi pensamiento, lo *inmediato*, ya que cada vez que dudo, soy yo mismo pensando.

3.- Por lo tanto, existo yo y mis pensamientos, yo mismo pensando. Entonces, ¿Cómo transito de mi existencia indubitable al mundo, a otras existencias distintas a la mía?:

- i. Tengo muchos pensamientos.
- ii. Unos oscuros y confusos, es decir, lo pensado en ellos no está claramente definido, sus partes son difusas y tampoco hay nitidez entre lo pensado en ese pensamiento y lo pensado en otros pensamientos.
- iii. En cambio, otros pensamientos son claros y distintos; lo pensado en ellos está claramente delineado en sus partes, en sus elementos constituyentes, y también lo pensado en ellos es perfectamente distinguible de lo pensado en otros pensamientos. Puedo prestar atención a cada uno de los elementos del pensamiento sin confusión alguna.
- iv. Los pensamientos oscuros y confusos pueden ser analizados y descompuestos en sus partes hasta obtener, en algunos casos, pensamientos claros y distintos. No obstante, los pensamientos claros

y distintos también deben ser sometidos a la duda, ya que también son pensamientos, y lo único que hay de indubitable en un pensamiento, es el acto de pensar y no lo pensado en ese acto. Por ahora, en el pensamiento no hay ninguna garantía de la realidad, de la existencia del objeto pensado.

- v. Pero entre los pensamientos claros y distintos, existe al menos uno que tiene en sí mismo la garantía que el objeto pensado existe fuera de él. Tal es el pensamiento de Dios, sobre cuya existencia puedo aportar tres pruebas que resumo a continuación.
- vi. Pruebas de la existencia de Dios. Primera, lo mencionado en la idea de Dios es tan inmensamente trascendente que escapa a toda posibilidad de invención de nuestro pensar, luego la única alternativa es que lo mencionado en esa idea responda a una realidad fuera de ella. Segunda, una regresión causal *ad infinitum*, no es posible, la creación debe terminar o comenzar en algún punto de partida: Dios, que no posee causa alguna puesto que es causa de sí mismo. Tercera, en el pensamiento de la esencia del ser perfecto está contenida su existencia necesariamente, como nota de lo pensado por el pensamiento (su contenido) y como nota de la realidad objetiva del pensamiento.

4.- Luego, hasta este punto tenemos dos existencias indubitables: el yo pensante y Dios. Dios existe, y además es infinitamente perfecto y por ello

no me engaña. Permite que me equivoque, pero pone en mis manos la voluntad de evitar tales errores -afirmando sólo los pensamientos claros y distintos. Quizás podré saber pocas cosas, pero no importa, la cuestión no es saber poco o mucho, sino saber de verdad. Por lo tanto Dios es la garantía que los objetos pensados por ideas claras y distintas son reales. Dios es el fundamento de mi existencia. Mi existencia es contingente, puedo percibir mi existencia como indubitable, pero no el fundamento de ella: "yo soy, yo existo", es cierto; pero ¿Cuánto tiempo? Durante el tiempo que yo piense, pues pudiera ser que si yo cesara de pensar, cesara al mismo tiempo de existir. Luego, Dios es el principio garante de mi existencia, aun cuando no pienso.

5.- En relación a los objetos del mundo sensible, la única idea clara y distinta es la de extensión, que concibo como el atributo de los objetos corpóreos. Las irregularidades como los colores, el sabor, el calor, la dureza, etcétera, son ideas oscuras y confusas. Por lo tanto, el mundo físico, el tronco del árbol que es la filosofía, es el mundo de sustancialidad geométrica, la sustancia extensa con sus modos, a saber, figura, posición y movimiento, que tratados matemáticamente producen el resto del conocimiento científico, las otras ciencias, las ramas de este árbol que es la filosofía.

6.- En conclusión, al final de esta cadena argumental, puedo colegir clara y distintamente, sin lugar a dudas, que existe el yo pensante -o la **substancia pensante-**, Dios -o la **substancia infinita-**, y por último, los objetos corporales -o la **substancia extensa.**

§ 9

COMENTARIOS FINALES A MODO DE EPÍLOGO

1. El principio cartesiano "pienso, luego existo" ¿Es una noción, una verdad lógica? Si así fuera el caso, entonces necesitaría de la premisa mayor "Todos los que piensan existen", y el esquema formal de tal noción sería de la siguiente manera:

Todos los que piensan existen

Yo pienso

Luego, existo

Entendido de este modo, el principio "pienso, luego existo" ya no sería la evidencia originaria, puesto que requiere de otra evidencia más radical y previa, la premisa que "Todos los que piensan existen".

Para elucidar esta cuestión, debe tenerse presente que la palabra *principio* toma en Descartes dos sentidos: primero, como una noción común tan clara y general que pueda servir como punto de partida para probar la existencia de todos los seres, y segundo, como un ser cuya

existencia es más conocida que la de cualquiera, de modo que pueda servir como base para el conocimiento de los otros seres.

A la luz de esta aclaración, resulta obvio que el sentido primigenio del cogito como principio es el segundo de los expresados, es decir, la evidencia de un ser cuya existencia es indubitable y base para el conocimiento de otros seres. Y aquí tocamos otro punto que comentamos a continuación.

2. Atomizando el cogito cartesiano, puede notarse que encierra dos momentos distintos que en Descartes parecen fundirse en uno solo: el momento de evidencia de la existencia del pensamiento, que tiene en sí un valor epistémico, y un segundo momento, el de la evidencia de estos pensamientos que es precisamente el yo pensando. Es claro y evidente que el pensamiento existe, aun cuando su contenido sea dudoso, pero de este hecho ¿Es lícito afirmar que el pensamiento sea el yo pensando?

De que existe el pensamiento, no se ve con estricto rigor como pueda obtenerse el que yo exista, ya sea como sustancia pensante u otra cosa. Podemos afirmar con certeza indubitable que el pensamiento existe, pero de ahí a afirmar que yo existo, no hay claridad. Por lo tanto, el cogito encierra en su segundo momento una afirmación implícita de identidad entre el yo y el pensar, y esto es una vivencia de la reflexión, que en sí,

como vivencia, no es verdadera ni falsa. De esto, no hay certeza epistémica, sino sólo experiencia interna de la conciencia.

3. Si Dios constituye la garantía que los objetos pensados por ideas claras y distintas son reales, entonces el contenido de la idea clara y distinta "pienso, luego existo", es decir, el yo pensante, no se confirmaría en el cogito, sino sólo bajo la evidencia de Dios. Esto podría entenderse como una suerte de círculo vicioso en el sentido que la verdad del cogito se apoyaría en Dios, el que a su vez surge de la evidencia del cogito.

Una manera de dilucidar esta cuestión, es considerar que el cogito propugna dos aspectos evidenciales: la evidencia radical de la existencia del pensamiento, y la evidencia provisoria de la existencia del yo. No obstante, evidencia lo suficientemente apta como punto de partida para llegar a Dios y el resto de las cosas. Luego la confirmación de Dios, sustancia infinita, sólo recae sobre el yo pensante, la sustancia pensante, y no sobre el pensamiento en sí. Así pues el cogito, pasa transitoriamente por un momento de tensión, al menos en uno de sus aspectos.

4. La forma lógica del cogito "pienso, luego existo", como forma de un enunciado existencial, quizás no es una formulación afortunada. El "luego existo", resulta aquí redundante por el hecho que el "pienso" que le antecede, es un "yo pienso", un "he ahí yo que pienso", lo que en cierta

manera presupone y afirma la existencia de un yo al que se le atribuye una cierta propiedad, la de pensar. Desde este punto de vista, el "luego existo" no dice más que lo que está contenido en el "pienso", y el cogito bajo esta formulación, pecarían de analiticidad, o por lo menos induce a pensar en ella.

Una forma alternativa de salvar esta dificultad -propia de un enunciado existencial-, es que aplicado a su persona, Descartes lo hubiera formula como: "No es vacía la propiedad de cartesiano-pensaneidad". Pero bajo esta forma sólo se obtiene una afirmación singular, no un principio general como para inferir de ello la existencia de otras sustancias pensantes. La sustancia pensante aquí sería Descartes, que es el ser que sustenta dicha propiedad, y no otra cosa. Para hacerlo extensivo a todas las personas deberían formularse tantos enunciados de este tipo como personas puedan haber. Por lo tanto, si quisiéramos afirmar la existencia de, no un yo en particular, sino de muchos, la forma enunciativa precisa sería: "No es vacía la propiedad de yo-pensaneidad".

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, N. (1982). **Historia de la filosofía**. España: Hora
- Descartes, R. **Discurso del método**, en *Descartes*:
traducción de Manuel Machado. (1995). México: Porrúa.
- Descartes, R. **Meditaciones Metafísicas**, en *Descartes*:
traducción de Manuel Machado. (1995). México: Porrúa.
- Descartes, R. **Reglas para la dirección del espíritu**, en *Descartes*:
traducción de Manuel Machado. (1995). México: Porrúa.
- Descartes, R. **Discurso del método** en *Obras filosóficas*:
traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires:
El Ateneo.
- Descartes, R. **Meditaciones Metafísicas** en *Obras filosóficas*:
traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires:
El Ateneo.
- Descartes, R. **Objeciones a las meditaciones metafísicas**, en *Obras
filosóficas*: traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires: El Ateneo.
- Descartes, R. **Los principios de la filosofía** en *Obras Filosóficas*:
traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires:
El Ateneo.
- Descartes, R. **Las pasiones del alma** en *Obras Filosóficas*:
traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires:
El Ateneo.
- Descartes, R. **Reglas para la dirección del espíritu** en *Obras
Filosóficas*: traducción de Manuel de la Revilla. (1945). Buenos Aires: El
Ateneo.